

intercambiables sobre “el método”, sino que haga necesario volver a la premisa fanoniana que cierra *Piel Negras, Máscaras Blancas*: “¡Oh, cuerpo mío. Haz siempre de mí un hombre que se interroga!” (Fanon, 2009 [1952], p. 190). No uno que formula la pregunta: sino que *se* interroga. Páginas antes Fanon escribía: “hablar es existir absolutamente para el otro” (*ibíd.*, p. 49). La interrogación sobre sí y el acto ético para y con el otro: aspectos no negociables de la horizontalidad.

Como marcaban ya Kaltmeier y Corona (2012b), si en la década de 1990 la preocupación de las disciplinas sociales tenía que ver con cuestionar la autoridad etnográfica y revelar el solipsismo de la “ciudad letrada” en sus hábitos de investigación (incluso cuando el centro de la reflexión pretendía ser el otro), desde comienzos del milenio se cuestiona más de fondo a la propia maquinaria de reproducción de la academia en una clave monológica que asiente sin demasiados cuestionamientos la “distancia necesaria” con el objeto. Esa metáfora espacial de la distancia responde más a un desplazamiento forzado, a un reemplazo sémico, que a una actitud epistémica: se trata de *exclure* al otro en el proceso reflexivo, no de distanciarlo.

El efecto se parece mucho a las imaginaciones del contagio y la contaminación que tanto influyeron en las concepciones de la magia simpática y de la antropología ritual (Douglas, 1973). La distancia necesaria con el objeto evita la polución del otro y de su contexto: el que *ensucia* con sus deseos, intereses, pasiones y pulsiones a la dimensión estoica y aséptica del conocimiento científico. Habría que decir también que mientras la “sana distancia” se nos impone como lema de supervivencia en momentos de pandemia mundial mientras escribimos este libro reclusos y tratando de permanecer a salvo, reverbera en nosotros aquel exhorto de “tomar distancia” que imprime otra metáfora especial a la investigación: ¿a salvo de qué?, ¿preservar qué cosa de la investigación *distante*?

9 de julio 2020